

Los intelectuales pedantes me dan erisipela: Cortés Tamayo

Hace años, cuando iba a publicarse: Todo Empezó el Domingo con un altero de hojas a casa de Ricardo Cortés Tamayo. Nos sentamos frente a la mesa del comedor, Ricardo sacó su pluma y con su letra de maestro fue corrigiendo galicismos y barbaridades. Quiría con gran prudencia: "Elenita, ¿no le parece mejor inadvertido en vez de desapercibido que es un galicismo?". Cortés Tamayo revisó los textos uno por uno; por la ventana del comedor se veía un pequeño jardín. A eso de las doce salimos a tomar el sol. "Mire, este es un nispero". Hablamos entonces de los duraznos de los chabacanos, de los nisperos, de todas esas frutas que se van amarillando al calor del sol hasta cubrirse de un suave vello dorado que los hace afelparse y les da una calidad un tanto animal. Después, Ricardo se caló los anteojos y declaró: "Vamos a acabar".

No fueron sólo las correcciones pacientes, minuciosas, sino la lectura de la prosa de Ricardo Cortés Tamayo, popular, apetitosa, risueña, jugosa, que huele, que brilla, que sabe, que duele, que retiene y no lo suelta a uno. Jugando, jugando, Ricardo Cortés Tamayo, desentierra raíces, palabras de nuestra tierra, palabras soterradas que sólo se decían y no se escribían, modismos y risas, semillas y piedras, pedruzcos y piedritas de colores, canicas del niño Jesús, minerales de vidrio, hojas que se fermentan humedecidas y se convierten en fertilizantes. Así la prosa de Ricardo Cortés Tamayo, fértil como la tierra buena; fértil y húmeda y llena de bacterias que como latidos levantan el ronco, el ancho pecho de la corteza terrestre. Es esto Ricardo Cortés Tamayo, un poco corteza de árbol, vaina que protege la pulpa, coraza que envuelve el tronco. Sus "Los mexicanos se pintan solos" sueltan el ámbar líquido del maple, la brea; lloran lágrimas que saben a madera, a bosque. Y Ricardo lleva el bálsamo oleoso de su puño y letra al comal en donde la quesadillera echa sus quesadillas y nos dice:

"El de huítlacoche y flor de calabaza se llevan el premio de la

gula; pero la quesadillera, como madre para sus hijos, no tiene predilecciones; le valen igual las de papa y las de queso, suavécitas; las de crujiente chicharrón que las de endiabladas rajadas, que retuercen la lengua.

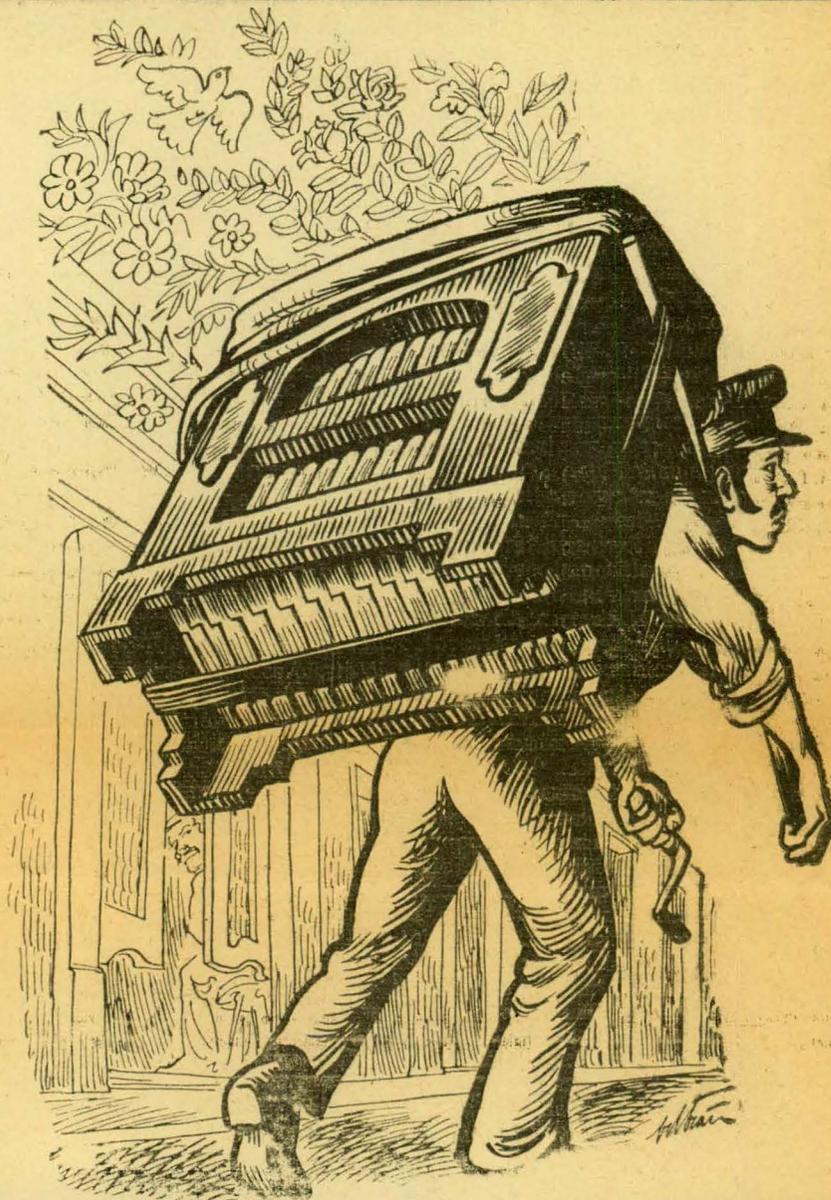
Al pardear la tarde instala su comercio la quesadillera. Es corriente y común que al amparo de una tienda, de donde saca, cable de por medio, la luz de un foco. Pero hay muchas todavía que prefieren el modo antiguo de instalarse en la esquina y alumbrarse con mechero de petróleo.

Hace años se situaba en la esquina de Justo Sierra con Argentina una vendedora de quesadillas con sabor glorioso. Probarlas era como oír a Castellanos Quinto su clase de literatura; ignorarlas, no ser estudiante. Hoy día opera otra por la colonia Independencia, junto a "La Barata" y le hacen rueda por las quesadillas y por lo apetitosa".

Ricardo Cortés Tamayo, Rafael Carrillo, el Negro Dorantes pertenecen a una generación que por modestia, por rehuir el personalismo, la luz de los reflectores, no ha levantado la voz a todo lo alto, a todo lo ancho de su diapason. Con tal de no atraer las miradas, dejaron el campo abierto a los ignorantes, a los que vociferan y no vacilan entre ganar y perder. Yo quisiera que alguna vez, Ricardo y Rafael maldijeran su pudor y hablaran de lo que saben con rabia, que soltaran el ancla, rompieran las amarras y dejaran ir su navío para que oyéramos el grito verdadero que da la experiencia y la vida sencilla, la lucha cotidiana y sin trampas, la mirada limpia. Que Ricardo Cortés Tamayo pregonara en la plaza pública, en el mercado, en la calle, aquello que ha escrito, por ejemplo del merolico:

"Yo he engrosado muchas veces el auditorio del merolico y he quedado bobo ante su extrema habilidad, su sicología al centavo, su desplante, su irresistible elocuencia. Su marrullería graciosa. Esto último me convence de que el merolico no es un político disfrazado."

El escritor Ricardo Cortés Tamayo pertenece a la generación de Octavio Paz, Enrique Ramírez y Ramírez, Raúl Vega Córdova, Manuel Moreno Sánchez, Salvador Toscano, Rafael López Malo, Rojas Juanco, Bonifacio Moreno, Rodolfo Dorantes. "El Negro" Dorantes, durante años jefe de redacción de nuestro **Diario de la Tarde**, compañero y amigo de Elvira Vargas, García Escárcega, Juan Madrid, Alfonso Revilla, Raúl Calvo Urrutia y Pepe Alvarado cuya muerte conmovió tan hondamente. En el **Diario de la Tarde**, Ricardo Cortés Tamayo creó junto con Alberto Beltrán una preciosa sección: "Los mexicanos se pintan solos", en 1956. Estas semblanzas de Ricardo Cortés Tamayo fueron recogidas primero por la Secretaría de Educación Pública, después para una colección popular llamada: "Ciudad de México" que auspicia el Departamento del Distrito Federal. Nadie ha captado con mayor ternura, con más fineza los personajes y las calles de México y como lo dice José Revueltas: "Hay un trasunto de Micrós y de Heriberto Frías en la prosa de trabajada ligereza e inaparente dedicación que Ricardo Cortés Tamayo escribe. Micrós y Frías por cuanto al hallazgo imprevisto y la gracia de uno, y la natural, no buscada raíz popular de los dos, es decir, de los tres. Estos mexicanos que se pintan solos, son los que no se pintan, los que se nos aparecen día con día a la vuelta de cualquier encuentro, sin disfraz alguno, con el traje que les da su vida, su bienaventuranza o su sinventura, salidos todos de las paredes de la ciudad, o caídos de sus nubes de dificultades tremendas para poder pasar la vida: muchas veces, casi la pertenezco a esa clase y si yo no escri-



que se posan sobre nosotros como palomas o zopilotes fantasmas a los que sólo puede ver uno de reojo, antes de que desaparezcan en ese abrir y cerrar de párpados que para no mojarse ensaya el ciudadano entre una y otra temporada de lluvias, antes de que se construyan más vías periféricas o se nos hagan del todo familiares las nuevas docenas de edificios multifamiliares.

“Añádase a las virtudes de estas preciadas prosas de Ricardo Cortés Tamayo —que con tanta maestría interpretó el excepcional artista que es Alberto Beltrán—, el que están escritas bajo la compulsión inexorable, en tiempo y en medida, del requerimiento periodístico, en las columnas de cuyo diario afán habrían de aparecer mañana con mañana.

Se comprenderá así mejor aún que a Ricardo Cortés Tamayo no lo pinten sino que se pinte solo”.

Así, Cortés Tamayo ha descrito al cindrero, al peluquero, al machetero, el herrero, el de los raspados, el cartero, la herbolaria, el abonero, la de las pepitas, la secretaria, el afilador, el voceador, el barrendero, los mariachis, el ruletero, el tragafuegos, el evangelista, el cuidador de coches y tantos personajes populares más de la ciudad de México, tantos tipos clásicos que antes retrataron Antonio García Cubas y Emilio Prieto, que cuando la ciudad no sea más que un robot mecanizado en el que ya no existan raspados ni tacos de chicharrón, ni quesabilleras en las esquinas, ni vendedores de elotes (ya los panaderos con sus grandes panastas en la cabeza casi han desaparecido), volveremos a Ricardo Cortés Tamayo, a su encanto inigualable, para saber cómo eran los mexicanos, los de antes, los de a de veras. Y a propósito de panaderos nos cuenta Ricardo Cortés Tamayo:

EL PANADERO

—“Este era un panadero, tendría 25 años, delgada y mediana la estatura, pálida la cara hasta la lividez verde, unos cuantos pelos hirsutos en la barba, blusa de dril azul los faldones sueltos, el pantalón también azul, comido de lavados y arrugas; sobre la cabeza, pintada

de nariguas, una cachucha de panadero. Aparecía muy temprano en la Alameda cuando aún las ramazones soltaban sus gotas de rocío y las tagartijas no abandonaban sus agujeros, asentaba sobre el brocal de una fuente el ancha rueda que había equilibrado su cabeza y luego de pie, largo cuanto era, después en cuculillas, formaba con las manos juntas una especie de flauta o caracola y dábase a imitar gorgoros y trinos: así unos minutos; después soltaba las manos y moviéndolas en el aire como alas, ahora los trinos en sus labios, llamaba a los pajaritos de los árboles.

Usted no lo va a creer, mas yo lo vi con estos ojos que se ha de comer la tierra: las aves descendían de sus altas frondas y lo rodeaban.

Quién sabe y qué pasaría con el joven panadero músico, poeta de los pájaros: a lo mejor, pues todo puede suceder en este mundo traidor donde nada es verdad ni mentira, lo creyeron loco: lo apresaron en un manicomio”.

LOS QUIERO PORQUE YO SOY UNO DE ELLOS

—Ricardo Cortés Tamayo ¿de dónde le nació a usted ese amor tan grande por todos los vendedores ambulantes, por todos los tipos populares: los globeros, los lecheros, los fotógrafos de la Alameda que usted retrata como nadie?

—Yo creo que ese amor me nació porque yo soy una gente de origen tan humilde como ellos y por eso me siento totalmente identificado con ellos: cuando he escrito, siempre he reconocido que yo pertenecía a esa clase y si yo no escribiera de esta gente humilde, modesta, pobre, me estaría traicionando a mí mismo.

—Yo creo, Ricardo, que nadie lo ha hecho con la ternura, con el conocimiento y también con el humor con el que usted lo ha hecho...

—Esto nace de mi afinidad y de mi identificación con ellos, así como de observar sus problemas. Ellos tienen una serie de dificultades tremendas para poder pasar la vida; muchas veces, casi la mayoría, no sacan lo del día. Hubo una época en que se les persiguió cruelmente, ¿la recuerda usted?, porque se decía que

arababan la ciudad con su presencia, dijo que nos estorbaban, y, sin embargo, en todas las colonias populares, los cinturones de miseria, ¡si viera usted qué cantidad de gente tiene como una posibilidad de vida al salir a la calle a vender lo que sea: juguetitos de plástico, agujetas, chicles!

—Justamente, Ricardo, suele decirse que a toda esa gente la explota sea un pez más gordo que los manejados y tiene a su servicio...

—Es cierto: muchos de los niños que venden chicles son niños manejados que le entregan una determinada cantidad de un tipo que los utiliza. Esto llega a extremos tales que hay algunos que han atrevido a mutilar a un niño que los inválidos de una mano o de una pierna porque saben que esto suscita la compasión del público; por esto creo que los niños sin recursos pueden ser niños manejados... Sin embargo, en este aspecto, el Departamento del Distrito Federal ha logrado mejorar la situación de toda esta gente que emigra a la ciudad en busca de una vida mejor y que acaba en los camellones de la ciudad o en el pital vendiendo lo que sea con tal de poder subsistir. La mayor parte de esta gente vive en la periferia, en las barriadas, en las ciudades perdidas y a todos les va muy mal porque su propia miseria inspira desconfianza y por ello mismo no les dan trabajo, ni el de una reparación, cualquier cosa sencilla. Muchos eran labradores, campesinos, vinieron atraídos por las luces de la ciudad, o porque realmente ya no tenían qué comer en el campo, caen aquí realmente como paracaidistas ahí donde caen, ahí se instalan, levantan una casuchita y salen a buscar trabajo.

—Pero ¿dónde compran lo que venden, a quién y con qué?

—Algunos traen fruta del pueblo para venderla aquí, otros se surten en Merced; en La Plaza del Ayuntamiento lo suyo es una reventa, muchos venden “fiado” o a vistas: piden las cajas de Kleenex y las van pagando a medida que las venden... Lo que hay que recordar es que en este sexenio las autoridades del Departamento no han sido tan feroces



2/11/77

balance político

por Miguel COVIAN PEREZ

Periodista y Funcionario

Padecemos hipertrofia informativa. Tal vez el desempleo obliga a llenar páginas, colmar de comentarios columnas no siempre substanciosas y a pergeñar, en fin, con cualquier material, bueno o malo, o nada más regular un espacio que estamos obligados a cubrir con dosis suficientes de lo que llamamos periodismo.

Esto es lo que peyorativamente llamaríamos el periodismo de la edad consumista. Que haya en el trafago de trescientas o cuatrocientas notas —por supuesto no es necesario que sean **noticias**— apenas un diez por ciento de estas últimas, ya sería mucho ganar. Técnicamente el proceso de plantea en estos términos: fulano de tal, su obligación es traernos una nota, así sea "volada"; ya después rectificaremos. Lo importante es vender periódicos y esto se consigue en la medida en que los encabezados nos proporcionen hechos escandalosos aunque sean falsos. Si usted vende periódicos es un buen periodista; si no los vende es terriblemente malo. ¿La ética? ¿Con qué se come eso? Hace tiempo se habló de Fernández de Lizardi o Francisco Zarco. Pero ¿quién se acuerda ya de esos muertos de hambre? Son referencias para simples discursos, por cierto con menos éxitos cada vez.

De todos modos, aunque hubiese algunos anacrónicos que siguieran pensando en ellos, lo más probable es que hasta sus amigos se mofaran de sus extemporáneas referencias. Un siglo no pasa en balde. Ahora lo que más interesa es que la fuente lo pasa todo: para el embute que envuelve la autocensura o, en su caso, el ataque notoriamente malévolo, que permite la redituable distribución de canongías y hasta la fácil adminiculación de prebendas. Y si alguien se niega es hombre al agua sin salvavidas. Yo he sido uno de ellos. Precisamente porque desde muy pronto aprendí a nadar sin vejigas y ya es muy tarde para cambiar mi técnica de natación.

Me he empeñado siempre en no aceptar lo que para los demás es un **modus vivendi**. Por eso me odian. Para mí el periodismo es una tribuna para la lucha ideológica. Lo he dicho cien veces. Cuando alguien ha tratado de ganarme para su causa —y hay varios muy importantes funcionarios que lo han intentado— lo hicieron a base de cortesías y de razonable persuasión. Pero alguien que hubiese querido comprar mi adhesión hubiese dictado su sentencia de muerte en lo político.

¿Por qué pude retornar a la vida activa en la política? Precisamente por eso. Que se le pregunten a José López Portillo. Un día se le planteó como posibilidad: ¿por qué no ofrecerle esta oportunidad a Covian Pérez?

Con esa hombría de bien que es una de sus mejores cualidades respondió: "Me parece bien, porque en él puedo confiar más que en nadie, precisamente porque me fue muy adverso cuando todos querían aparentar lo contrario. Así fue como me sumé a su equipo de trabajo. Si lo hice bien o mal, sólo el Presidente de México podrá juzgarlo. El hecho imposible de rebatir es que todavía le sigo sirviendo. Con una circunstancia que no es frecuente: yo escribo todos los días en este diario y no siempre estoy de acuerdo con lo que hacen ni dicen sus colaboradores. Es posible que alguna vez haya incurrido en su enojo. Otras veces luché provocando su agrado. En todo caso, pienso —porque tengo en alta estima al presidente de mi país, que su enojo o su estima habrán dependido de lo que yo haga o deje de hacer— pero no de lo que diga o deje de decir. De ahí mi seguridad en mi actuación de periodista. Pero también en la de funcionario.